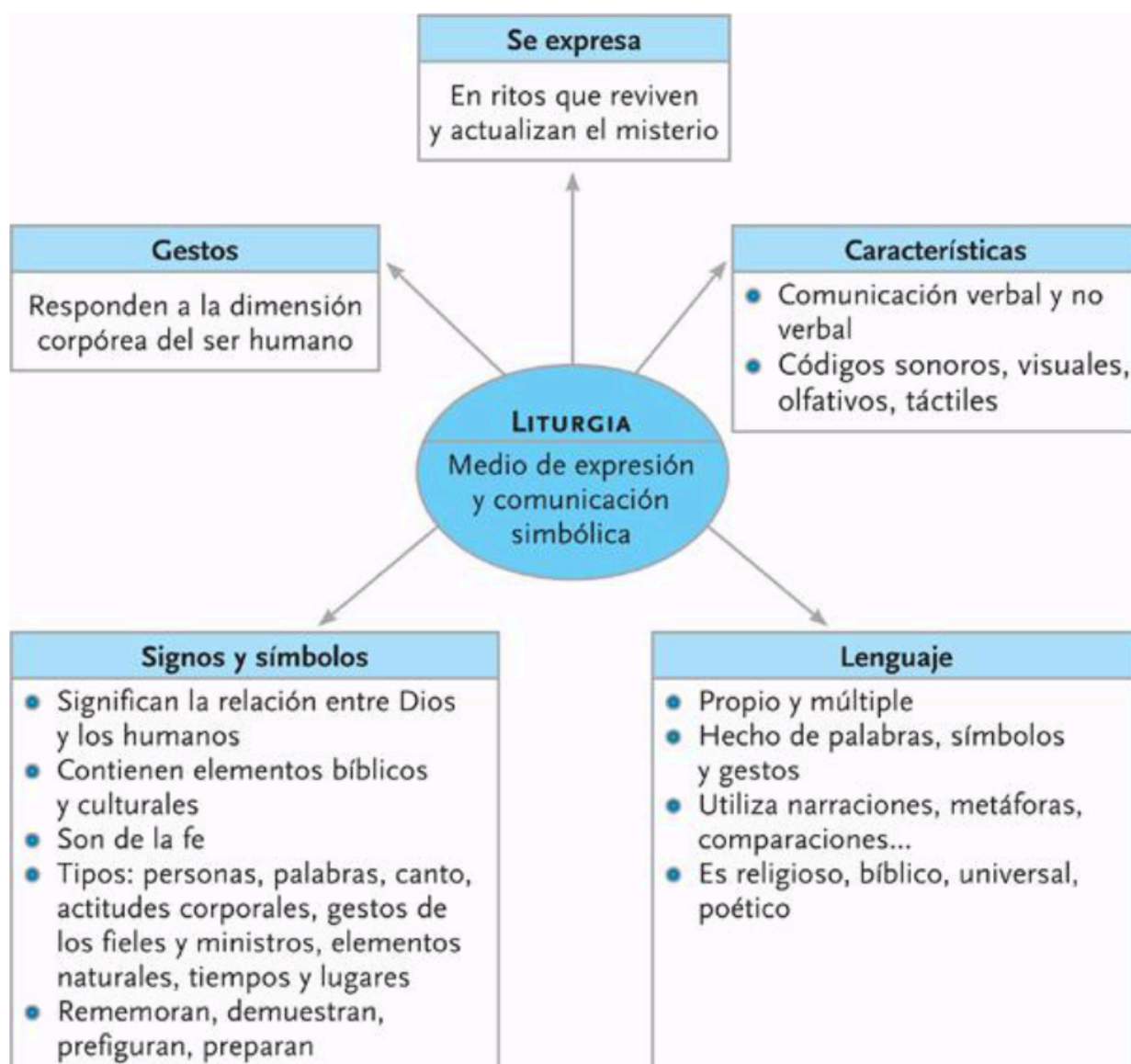


TEMA 7

LA ACCIÓN CELEBRATIVA: RITO, SÍGNO Y SÍMBOLO



1. Introducción.

En el tema de la celebración vimos que la liturgia es una celebración ritual, festiva, simbólica y sacramental. Profundizando en esta temática, vamos a dedicar este tema a reflexionar sobre el lenguaje que es propio de la liturgia: los signos y los símbolos que están presentes en ella.

2. Los signos y símbolos de la liturgia.

Además del lenguaje verbal - lecturas, oraciones, cantos- , la celebración utiliza con abundancia el lenguaje no-verbal, compuesto por signos, gestos simbólicos, posturas corporales y diversos elementos cósmicos como el agua, el aceite, la luz, el pan y el vino, la ceniza y el incienso.

La revalorización que los nuevos libros litúrgicos postconciliares han aportado a la Palabra en la celebración ha ido acompañada también por un cuidado más explícito del lenguaje de los signos: a veces aligerándolo, porque se habían añadido excesivos elementos, y otras, potenciando los que son más céntricos en la celebración sacramental y relativizando los no tan importantes.

2.1. Desde la antropología religiosa.

Hay razones de tipo antropológico y cultural-religioso que motivan la importancia del lenguaje de los signos.

El hombre lo realiza todo desde su identidad dual: desde su interioridad espiritual y su corporeidad. El hombre no «tiene» cuerpo y espíritu, sino que «es» cuerpo y espíritu, y desde esa dualidad se expresa y realiza, con sentimientos y pensamientos interiores y con palabras y gestos que los expresan exteriormente. Y además, es un ser social, que se comunica con los demás sobre todo con ese lenguaje significativo de su corporeidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica dedica sus números 1145-1152 a motivar y describir los «signos y símbolos» de que se sirve la liturgia cristiana, signos que tienen «SU raíz en la obra de la creación y en la cultura humana» (CEC 1145). El hombre es «a la vez corporal y espiritual y percibe las realidades espirituales a través de signos y de símbolos materiales», y además, «Como ser social, el hombre necesita signos y símbolos para comunicarse con los demás, mediante el lenguaje, gestos y acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios» (CEC 1146).

Por eso no nos extraña que en todas las culturas religiosas tenga una importancia notoria el lenguaje no verbal, con signos y gestos simbólicos que expresan su fe y celebran los dones que reciben de lo alto: palabras, música, sacrificios, comidas festivas, signos de reverencia o de adoración. El gesto simbólico del baño en el agua es expresivo para los indios en el Ganges, para los egipcios en el Nilo, para los judíos en el Jordán, para los indios precolombinos en América y para los cristianos en el rito bautismal.

«Las grandes religiones de la humanidad atestiguan, a menudo de forma impresionante, este sentido cósmico y simbólico de los ritos religiosos. La liturgia de la Iglesia presupone, integra y santifica elementos de la creación y de la cultura humana confiriéndoles la dignidad de signos de la gracia, de la creación nueva en Jesucristo» (CEC 1149).

2.2. Desde la historia de la salvación.

A todo esto se une, para nosotros, el motivo teológico: Dios, ya desde el Antiguo Testamento y luego, sobre todo, al enviarnos a su Hijo, ha actuado siempre por medio de signos y gestos simbólicos que nos ayudan a entender y acoger los dones de su salvación. Los signos tomados de la naturaleza y de la cultura humana se convierten en signos de la Alianza de Dios con su pueblo (cf. CEC 1150).

El mejor modelo de actuación simbólica lo tenemos en el mismo Cristo Jesús. Él, en su misma persona, es el lenguaje más expresivo que Dios nos ha dirigido para mostrarnos su cercanía (cf. CEC 1151). En él experimentamos los dones de Dios y en él expresamos a Dios nuestra fe y nuestra alabanza. Cristo es el «Sacramento del encuentro de la humanidad con Dios»

Además, Cristo utilizó continuamente el lenguaje de los gestos simbólicos en su actuación salvadora: perdonaba el pecado interior y hacía visible esta reconciliación curando la enfermedad exterior; participaba en las comidas también con los pecadores, para anunciarles su reconciliación con Dios; devolvía la luz de los ojos, a la vez que revelaba que él era la Luz verdadera; multiplicaba panes para que entendieran que él era el Pan de vida eterna.

2.3. La liturgia es esencialmente simbólica.

Cristo encargó a su comunidad eclesial que siguiera utilizando este mismo lenguaje «sacramental», hecho de palabras y signos, para celebrar el Misterio Pascual, fuente de toda salvación.

«Los sacramentos de la Iglesia no anulan, sino purifican e integran toda la riqueza de los signos y de los símbolos del cosmos y de la vida social. Aún más, cumplen los tipos y las figuras de la Antigua Alianza, significan y realizan la salvación obrada por Cristo, y prefiguran y anticipan la gloria del cielo» (CEC 1152).

La Iglesia, ella misma un «sacramento integral», porque es signo de la salvación de Dios y de la fe de la humanidad, sigue celebrando los diversos sacramentos con los que expresa el misterio invisible de nuestra participación en la vida pascual de Cristo. Cristo ha querido que renaciéramos a la vida de Dios por el Espíritu, y encargó que eso se visibilizara con el sacramento bautismal del agua. Ha querido ser nuestro alimento verdadero, y por ello encomendó a la Iglesia que celebrara en una comida sacramental el memorial de su Pascua.

La liturgia es esencialmente palabra y es también esencialmente acción simbólica, y por eso la comunidad cristiana cuida también su lenguaje no verbal:

«En la liturgia los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público integral» (SC 7).

«Puesto que la celebración eucarística, como toda la liturgia, se realiza por signos sensibles, con los que la fe se alimenta, se robustece y se expresa, se debe poner todo el esmero posible para que sean seleccionadas y ordenadas aquellas formas y elementos propuestos por la Iglesia que, según las circunstancias de personas y lugares, favorezcan más directamente la activa y plena participación de los fieles, y respondan mejor a su aprovechamiento espiritual» (IGMR 20).

Los signos y gestos simbólicos que empleamos los cristianos en nuestra celebración los hemos heredado de la revelación bíblica y se nos han transmitido con una tradición antiquísima y constante de la Iglesia.

A su vez, la tradición bíblica los tiene en común con otras muchas culturas religiosas de entonces y de ahora. Precisamente la comunidad cristiana ha elegido los gestos más universales y que más fácilmente se pueden entender como signos del encuentro con Dios: comer y beber, bañarse en agua, recibir el masaje de aceite, imponer las manos sobre una persona o un objeto, utilizar la luz y el incienso como expresivos de realidades invisibles.

Si en la Eucaristía partimos el Pan, no es por motivos prácticos, sino para significar la unidad también fraterna que debe ser fruto de nuestra celebración: partimos, repartimos y compartimos el mismo Pan, que es Cristo. Si el sacerdote se lava las manos antes de empezar la

segunda parte de la Eucaristía, no es porque las tenga sucias, sino para pedir a Dios la pureza interior que él, de modo particular, necesita para poder representar mejor a Cristo ante la comunidad.

2.4. Signos eficaces.

Hay diferencia entre «signo» y «símbolo». El signo, de por sí, apunta a una cosa exterior a sí mismo: el humo indica la existencia del fuego, pero no es el fuego. El signo no «es» lo que significa, sino que nos orienta, de un modo más o menos informativo, hacia la cosa significada.

El símbolo, por el contrario, es un signo más cargado de connotaciones. No sólo informa, sino que nos hace entrar en la realidad que representa y nos comunica lo que significa. Para felicitar a una persona, no sólo nos servimos de las palabras. Recurrimos al lenguaje de los gestos simbólicos: regalos, besos y abrazos, una comida festiva, un pastel con velas encendidas. Estos gestos no sólo informan, sino que crean comunión y hacen crecer aquellos mismos sentimientos que expresan.

Los gestos litúrgicos, sobre todo los centrales de cada sacramento - el baño en agua, comer y beber, ungir con aceite, imponer las manos- pertenecen a esta categoría de gestos simbólicos que crean sintonía con el misterio que celebramos. En ellos, junto con la acción visible, convergen la acción invisible de Cristo y su Espíritu, la mediación eclesial y la actitud de fe de cada creyente. No son meramente ilustrativos o pedagógicos, sino eficaces del encuentro del fiel con el Dios salvador, en la esfera de la Iglesia.

2.5. La variedad de los signos en la liturgia

Hay signos muy variados en nuestra celebración.

Algunos están relacionados con el cuerpo humano, que también «habla», expresando las actitudes internas. Las posturas del cuerpo (de pie, de rodillas, sentados, postrados en tierra, inclinación profunda) pueden contribuir no sólo a que se exprese una actitud determinada (humildad, adoración, respeto), sino a sentirla más en profundidad. Los gestos de las manos (elevadas al cielo, manos juntas, manos que golpean el pecho, manos que ofrecen) llegan a veces a donde no llegan las palabras. El movimiento también puede ser muy expresivo: así las varias procesiones de la misa (la de entrada, la del evangelio, la del ofertorio de dones al altar, la marcha comunitaria hacia la comunión), o los traslados previstos en un bautizo (desde la entrada de la iglesia al espacio donde se escuchan las lecturas, de ahí al baptisterio y, finalmente, al presbiterio para el padrenuestro y la bendición), o para las exequias (la procesión desde la casa del difunto a la iglesia, y de esta al cementerio).

Para la Misa, en el número 43 de la *Ordenación General del Misal Romano* se especifican los momentos en que los fieles están en una postura determinada o en otra, con oportunos criterios de uniformidad y de coherencia con el momento celebrativo concreto. Estas posturas se dejan a la decisión de las Conferencias de Obispos, porque en cada región cultural pueden ser diferentes en su expresividad.

Otros signos están relacionados más bien con cosas materiales, tomadas de la naturaleza, de las que nos servimos para expresar lo que nuestras manos o gestos no pueden expresar del todo: el baño en agua, la unción con aceite, el comer pan y beber vino en comunidad. También usamos con un sentido simbólico la luz y el incienso, el fuego y las cenizas, los colores y los vestidos, las imágenes y las campanas. El lugar mismo de la celebración juega un papel importante: el edificio del culto no sólo debe ser funcionalmente apto para la celebración (visibilidad, audición, facilidad para los movimientos de los ministros o de la comunidad), sino que también debe simbolizar de

alguna manera el sentido teológico de la celebración, destacando los puntos de referencia del altar, del ambón de la Palabra, de la sede del que preside en nombre de Cristo, el espacio bautismal, el penitencial y el de la adoración del Santísimo.

Otras veces se trata de acciones con sentido simbólico que realizamos en nuestra celebración: el beso como saludo, respeto y acogida (basta recordar la expresividad del beso a la Cruz el Viernes Santo), lavar los pies el Jueves Santo como signo de una autoridad entendida como servicio, el abrazo de paz antes de acudir juntos a la comunión, la fracción del pan, la incensación del altar, de las imágenes o de las personas, el encender los cirios personales desde el Cirio pascual, símbolo de Cristo, imponer un vestido nuevo a los recién bautizados o profesos, el abrazo de paz que el Obispo da a los confirmados o a los ordenados ...

La nueva edición del Misal Romano sigue ofreciendo, ahora con matizaciones significativas, diversos criterios para este lenguaje de los signos y símbolos en la celebración. Así, sobre el edificio de la iglesia y su ornato (IGMR 288-294), el altar (295-308), el ambón (309), la sede (310), el lugar de los fieles y de los cantores y músicos (311-313), el lugar de la reserva del Santísimo (314-317), las imágenes sagradas (318), el pan y el vino (319-324), los otros utensilios y vasos sagrados de la celebración (325-334), los vestidos litúrgicos (335-347), etc.

2.6. Las indicaciones de la liturgia a partir del Vaticano II.

El Vaticano II, en su documento de liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, dio unos criterios sobre el lenguaje de los signos en la celebración: «Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez, ser claros por su brevedad y evitar las repeticiones inútiles; han de adaptarse a la capacidad de los fieles y, en general, no deben precisar muchas explicaciones» (SC 34).

Los signos de nuestras celebraciones los ha escogido la Iglesia -y los sigue utilizando también después de las sucesivas revisiones que se dan en la historia de la liturgia-, de entre los que más fácilmente son comprendidos por la comunidad, adaptados a la cultura de cada pueblo.

Naturalmente, los signos centrales de cada sacramento los mantiene la Iglesia desde el principio y con carácter universal: el baño en agua, el pan y el vino de la Eucaristía, las unciones con óleos y crisma en los diversos sacramentos, la imposición de las manos. Esos signos centrales, precisamente, son los que los libros litúrgicos postconciliares quieren que se potencien más, que se hagan con autenticidad y expresividad: por ejemplo celebrando la Eucaristía con las dos especies de Pan y Vino, o bautizando con el más expresivo gesto simbólico del baño en agua, en preferencia a la infusión del agua sobre la cabeza, etc. Mientras que se puede decir que se han relativizado en cierta medida los gestos que pueden considerarse complementarios o explicativos del misterio de cada sacramento: como sucede en el bautismo con el vestido nuevo, el cirio encendido o el «effetá» en los oídos y la boca.

Ya estaba también incluida en el Concilio la alusión a lo que, más tarde, se ha llamado claramente «inculturación» y se ha motivado y reglamentado con oportunos documentos. El lenguaje, tanto el verbal como el no verbal, debe ser entendido por la comunidad que celebra. El verbal ya se ha acercado notablemente por las traducciones. El no verbal, el de los signos y gestos simbólicos, también tiene que ser objeto de un detenido discernimiento y adaptación por parte, sobre todo, de las Conferencias de Obispos, para que, en efecto, ayude a poner al alcance de los fieles el misterio celebrado. Es en los signos complementarios -así como en el arte y en el canto- en los que cabe un mayor margen de adaptación a la propia cultura: por ejemplo en la celebración del bautizo, del matrimonio, de las exequias, o en la elección de los colores, vestidos o de las posturas corporales y gestos de la celebración.

2.7. Algunas sugerencias pastorales

Para que el lenguaje de los signos sea eficaz en nuestra celebración cristiana, lo prioritario no es precisamente cambiarlos. Esta es una tarea que oficialmente tiene que realizar la Iglesia, como ha hecho a lo largo de los siglos con admirable imaginación: crear, con un detenido estudio, un lenguaje de signos y símbolos adecuado a la cultura y sensibilidad de las varias culturas.

Es más importante el trabajo pastoral vaya en estas que dos direcciones:

a) Ayudar a entender e iniciar en los signos y símbolos que ya están en nuestra liturgia eclesial y que hemos recibido de la tradición desde el principio de la Iglesia. El que sean «tradicionales» no debería crear ningún complejo de falta de originalidad. Todo símbolo comunitario tiene esencialmente raíces de tradición, que dan identidad al grupo social o religioso. En nuestro caso, son gestos simbólicos que proceden de la Revelación y que han sido elegidos por Cristo o por la comunidad primera. Por eso, lo primero es iniciar en ese lenguaje a los cristianos, sobre todo a los niños y jóvenes: ayudarles a entender su sentido, a realizarlos bien, a entrar en su dinámica espiritual.

b) Además de esta catequesis de iniciación pedagógica, habrá que cuidar que estos signos y gestos se realicen bien en la celebración. Cuando los gestos - los centrales de cada sacramento, sobre todo- se hacen mal, de un modo rutinario e insignificante porque no expresan nada, es difícil que la comunidad entre en su sentido profundo y le sirvan para su celebración plena. La liturgia no quiere sólo que los gestos sean «válidos» y «ortodoxos», sino que además sean «Significativos», «educadores» de las actitudes interiores que quieren representar y fomentar.

3. El gesto.

La liturgia, medio de expresión y comunicación simbólica, tiene en el gesto uno de sus elementos más importantes. Gestos y palabras se apoyan mutuamente. El signo litúrgico no aparece en la celebración de forma aislada, sino integrado en un gesto. Por ejemplo, en el bautismo, el signo es el agua, pero el gesto es sumergir o derramar ese agua, acompañado de las palabras de la fórmula bautismal.

El gesto realza la fuerza de los signos y símbolos litúrgicos, de la presencia y acción de Dios a través de ellos.

El fundamento de los gestos es la dimensión corpórea del ser humano. Esta realidad ha sido asumida por Cristo en la Encarnación (cf. Hb 10,5). Su humanidad se convirtió en el fundamento de nuestra salvación (cf. SC 5); sus manos, mirada, palabras, aliento... eran otros tantos modos de comunicar la salvación.

Las acciones, gestos y posturas corporales son importantes en la participación litúrgica plena (cf. SC 30). La integración del cuerpo en la oración y del gesto en la liturgia son factores de equilibrio interior y exterior, contribuyen a la expresividad, la estética y funcionalidad de los ritos.

4. El rito y su importancia.

Llamamos rito a una acción simbólica realizada de acuerdo con una norma previa, que se repite con periodicidad y pretende tener una eficacia sobrenatural o hacer presente una realidad de orden superior. El rito, por tanto, es en sí un conjunto de signos, gestos y palabras dentro de la celebración. También solemos llamar rito al conjunto mismo de la celebración.

Las acciones rituales y simbólicas forman parte de los signos litúrgicos: dichas acciones expresan, reviven, actualizan el misterio salvífico que motiva una celebración.

El ser humano, por medio del rito, estructura sus experiencias valiosas para conservarlas en su interior y convertirlas en fuente de energía y luz para su vida. Esta necesidad, presente en los momentos más importantes de la vida –nacimiento, matrimonio, enfermedad, muerte...– es, para el ser humano como una segunda naturaleza. El hombre y la mujer ansían trascenderse a sí mismos y situarse en el mundo que les rodea y en el universo, para dar sentido a la vida.

Además de las dimensiones humanas presentes en el rito, los ritos cristianos poseen características concretas. Podemos señalar tres:

- Son actos de la comunidad eclesial que revive y actualizan los acontecimientos salvíficos de la vida de Jesús, especialmente su muerte y resurrección.
- Expresan y realizan el misterio de la Iglesia como señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. LG 1).
- Manifiestan la vida del creyente, su existencia como verdadero servicio a Dios en los hermanos y en las realidades temporales.